

Cuarto centenario de la muerte de San Francisco Javier

1552 - Septiembre - a través del mar de la China

Opinión - 6 de ^{P. Miguel Selga S.J.} Septiembre de 1952

Humanamente hablando, la empresa de la entrada evangelica en China, bajo las condiciones arbitrarias y tiránicamente impuestas por Ataíde no tenía probabilidades de éxito: Javier, sin embargo llevado de su celo apostólico, no quiso dejar de hacer un esfuerzo supremo. Embarcó en la nave de Pereira, a las órdenes de oficiales y grumetes del gusto

de D. Alvaro, sin los presentes que Pereira había adquirido en molucas para el Rey de China, los cuales quedaban ahora en Malaca en espera de ocasión más oportuna, sin el apoyo oficial y presencia de un embajador que le facilitase la entrada en el gran reino: iba como él se nos pinta, desamarrado de todo favor humano, con esperanza que algún moro o gentil me llevará a tierra firme de China. Bondadoso como siempre Javier alienta a Pereira, asegurándole que Dios proveerá por él y sus hijos. Al P. Pérez enfermo que le pedía le ayudase a bien morir, contesta Javier: "confianza, P. Pérez, que pronto convalecereis". Mete a bordo una medicina para un compañero, atacado de fiebre: desde Singapore escribe al Rey, al Virrey, al Obispo de Goa, a los Padres de Malaca y al amigo Pereira. Doblado el estrecho de Singapore, fija la vista en el cielo, puesto el corazón en Dios, navega Javier a velas desplegadas con rumbo a Canton. Volar hubiera querido Javier y acortando las distancias entre las dos ciudades dejarse caer sobre el vasto imperio que yacía aun en las tinieblas del gentilismo. Al primer periodo de bonanza sucedieron los días de olas encrespadas, vendavales huracanados, lluvias torrenciales, embates furiosos de la mar, movimientos desacompanados de la nave, enfermedades de los tripulantes desasosiego y desesperación de los gentiles y musulmanes, idolatrías de los paganos, blasfemias y juramentos de los malos cristianos. Con sus oraciones y penitencias el santo desagraviaba a Dios por tantas ofensas, consolaba y socorría a los enfermos, infundía esperanza en el ánimo de los desalentados, atraía sobre la nave la bendición de Aquel a quien obedecen tierra y mar.

Por fin llegó la nave santa cruz a la Isla de Sanchon, donde

el santo esperaba hallar quien le pasase a China. Era aquel puerto de Sanchon, según un autor contemporáneo, deshabitado y yermo. Por no tener aun licencia de los mandarines para tratar en tierra, los portugueses que allí acudían vivían en la mar, en sus embarcaciones, en continua vigilia, haciendo escondidamente como mejor podían sus mercaderías con los chinos, sin ser sentidos de los mandarines. Como en esto gastaban tres o cuatro meses y allí no había población, construían los portugueses algunas casillas de paja y ramas en la orilla del agua, para entretenerse en tierra el tiempo que allí se detenían y después cuando se partían quemaban las casas. Tan pronto como en los navíos portugueses que estaban enclavados en Sanchon se supo que había llegado el P. Maestro Francisco, fueron todos a recibirnos, dice Antonio de Santa Fe, testigo ocular "y cada uno le quería hospedar en su casa, porque todos le amaban mucho. Fue llevado por un Porge Alvarez, gran amigo suyo, que le hospedó a él y a sus dos compañeros por obra de un mes, poco mas o menos."

En esta soledad la preocupación inmediata de Javier fue la piedad y caridad. "Pidió a los portugueses por amor de Dios que le mandasen hacer una iglesia de paja, para en ella poder decir misa y enseñar la doctrina a los niños y esclavos, que aunque eran pocos nunca cesó con mucha caridad y amor de enseñarlos, como hacia en todas partes donde se hallaba." Para que los de Malaca no estuviesen preocupados por los efectos del viaje en la salud, Javier escribe al P. Pérez, "estuve enfermo quince días: ahora con la misericordia de Dios hállome con salud. Acá no faltaron ocupaciones espirituales, como en confesiones, visitar enfermos, hacer amistades."